

## EN EL FIN DEL MUNDO

Querido amado,

Me dijiste una vez, hace años, que una imagen vale más que mil palabras, y yo no supe creerte. Ahora me pregunto por qué. Tendría que haber aprendido a dibujar, en vez de a escribir. Es más fácil recordar el tiempo que pasa cuando se dibuja. A veces, cuando las frases se atascan y las letras no parecen tener sentido, desearía poder plasmar en un papel las espirales caóticas de mi pensamiento, para que pudieras entenderme. Y ayudarme a entender. Pero eso no es posible; solo tengo un lápiz y una hoja en blanco, y tendrá que ser suficiente.

El primer cuadro, el primer escenario de mi mente que quiero mostrarte. Cierra los ojos y coge aire. La brisa huele a salitre, hierba y humo. Ahora abre los ojos. Estás sentado en el borde de un precipicio, tus piernas se balancean sobre las olas. La brisa se mete contigo y te empuja, juguetona, y tú te ríes para esconder el miedo a caerte... y, tal vez, también un punto de tristeza. No sé por qué. La hierba te hace cosquillas en las palmas, y la amenaza del mar cada vez más embravecido se retuerce a nuestros pies.

Estamos en el fin del mundo.

Ahora mira a un lado. ¿Estoy ahí?

Porque, en mi cuadro, en mi memoria, estoy aquí. Mis piernas cuelgan junto a las tuyas, en el borde del mundo, y te veo: el pelo erizado por la sal, los ojos clavados en las nubes. Y quiero saber que tú también me ves.

¿Te gustaría saber qué más hay en mi cuadro? Una casa en un extremo, pintoresca; un campo infinito, y meses de paz en nuestro horizonte. Pero no puedo apartar la mirada de ti, porque sé que, si lo hago, tú desaparecerás, y contigo todo mi perfecto cuadro, y yo no estoy preparado para eso. Todavía no. No quiero irme. Así que seguiré creyendo que mi cuadro es real.

Y puede que, si creo con la fuerza suficiente, se haga realidad.

¿Me ves? Quiero saber si me ves. Te cojo la mano, te abrazo, te digo que te quiero, pero tú no reaccionas. Creo que no me ves. Se me parte el corazón.

¿Es este otro de los espejismos?

Escribo porque no tengo otra opción, porque es la única manera de que la puerta de mi mente siga abierta para ti. Y quiero dejarla abierta. Pero es difícil si, mientras escribo, el cuadro que he pintado en mi cabeza se va desvaneciendo poco a poco, como si la realidad y los recuerdos se fundiesen para no ser más que uno solo. Y es difícil si de miro a mi alrededor no sé dónde estoy ni cómo ni cuándo he llegado hasta aquí.

Otro cuadro: una mesa de cocina destartada, dos boles idénticos y un puñado de flores que parten el mantel desvaído en dos. Mezcla de música suave, polvo acumulado y aire con sonidos familiares. Se ha quedado el grifo abierto. La lavadora está encendida. El tacto rugoso del lápiz me raspa la mano, y tú comes mientras yo escribo. Creo que este cuadro sí que es ahora, el presente. No un recuerdo.

Siento un retortijón en el estómago, como si algo no estuviera bien, porque tú no puedes ser la persona del acantilado. Demasiadas arrugas, demasiado agotamiento acumulado, demasiada tristeza inunda unos ojos que están a

punto de rendirse. Reconozco esos ojos. Son los tuyos. ¿Por qué no puedo dejar de escribir? Son tus ojos, pero ya no son los mismos, y yo no puedo dejar de escribir.

Dices algo, y yo me doy cuenta de que tu voz ya no es tu voz. Siento, en lo más profundo de mi corazón, que la persona sentada frente a mí, con un bol frente a ella y manchas de chocolate en la nariz, eres tú, la persona de la que me enamoré y que supo enamorarse de mí, porque tienes que serlo... pero nada más. Ha pasado demasiado tiempo. Y, a la vez, no puede haber pasado demasiado tiempo, porque hace un parpadeo estábamos en el acantilado.

Mi corazón se despedaza como un vidrio en un invierno demasiado frío. Ya no sé lo que es real y lo que no.

Un parpadeo más, y me estás cogiendo la mano. Sonríes. Tu sonrisa sí que es la tuya, pero arrastra aroma a tiempo y a dolor. ¿Quién ha hecho aparecer arrugas de sufrimiento en el borde de tus ojos? ¿Quién ha pintado manchas pálidas de temor en tu piel? La rabia me ahoga y quiero matar a quien te haya hecho esto. Quiero matar a quien haya matado la vida de tus ojos.

Me doy cuenta de que, en el fondo, sé que eres tú quien me sostiene la mano, que siempre has sido tú, y siento que vuelve a latirme el corazón.

Quiero decirte que te quiero. Lo sabes, ¿verdad? ¿Que te quiero? Intento hablar, pero mis labios no se despegan. Estoy muy cansado. Miro por la ventana; el acantilado y el mar embravecido se dibujan al otro lado, y dos siluetas se abrazan en el borde del precipicio y juran que se amarán hasta que dejen de poder hacerlo. No tiene sentido, pero mi mente grita que esas dos siluetas somos tú y yo. En algún momento. En algún lugar.

Estoy muy cansado. Quiero dejar de escribir. Quiero soltar el lápiz, cerrar la libreta y marcharme, y dormir, y dormir siempre, y despertarme y que tú estés a mi lado, y que volvamos a ser los tú y yo de antes, los que yo recuerdo. No me gusta esta realidad. Yo no he vivido esta realidad. Quiero que volvamos al acantilado; quiero olor a humo, y a hierba, y a salitre. Quiero que volvamos a abrazarnos al borde de un precipicio, y quiero escucharte decir que me amas.

Voy a soltar el lápiz. No voy a escribir más. ¿Para qué? Es inútil. No sé qué haces con estas cartas. Si no las lees, yo nunca recuerdo lo que he escrito, porque los momentos se pierden en el fondo de mi memoria como si nunca hubieran existido. Es triste. Y, aún así, sé que te voy a seguir escribiendo, porque no quiero cerrarle la puerta a la única persona que ha sabido amarme. Me gusta creer que las lees.

Porque, si las lees, tienes que saber que te quiero.

Tuyo, hasta que deje de poder serlo.